

## Lecturas de colección

*A cien años de las dos primeras colecciones argentinas  
de clásicos nacionales*

Dir. Carola Hermida

CATALEJOS

ENFOQUES: DOSSIER N° 1

### Dossier n° 1:

### Lecturas de colección: A cien años de las dos primeras colecciones argentinas de clásicos nacionales PRESENTACIÓN

Carola Hermida<sup>1</sup>

En 1915, en Argentina comenzaron a publicarse las dos primeras colecciones de clásicos nacionales: *La Biblioteca Argentina* dirigida por Ricardo Rojas y *La Cultura Argentina*, a cargo de José Ingenieros. Ambos proyectos editoriales pretendieron fundar una tradición cultural a través de operaciones de selección y de políticas de la crítica, en el marco del imperativo pedagógico del Primer Centenario Argentino,

<sup>1</sup> Carola Hermida es Doctora en Letras por la UNMdP, donde se desempeña como investigadora en el Centro de Letras Hispanoamericanas (Celehis) y como docente en la cátedra "Didáctica Especial y Práctica Docente" del Profesorado en Letras. [crhermida05@gmail.com](mailto:crhermida05@gmail.com)

vinculado con la necesidad de contribuir a la formación de una identidad nacional (Degiovanni, 2007).

Al cumplirse cien años de ambos emprendimientos, proponemos reinstalar la reflexión sobre la colección, en tanto dispositivo configurador de la lectura. Coleccionar es una práctica selectiva y política, sustentada por la recolección, el ordenamiento y la clasificación, que conlleva una serie de quehaceres tales como la búsqueda, el reconocimiento, la puesta en valor, la disposición estética y pedagógica de los materiales así preparados en función de determinado/s modelo/s y su consiguiente exhibición. No se trata simplemente de acumular (Baudrillard, 1969). Esta tarea exige competencias que permitan sistematizar y desprender un saber a partir de la contemplación de un conjunto preparado para tal fin. Por esto, más allá de que haya sido diseñada para un uso escolar, toda colección busca *enseñar*: enseñar en el sentido de exhibir un conjunto coherente de textos y a su vez construir a través de esa propuesta ciertos modos de leer, cierto protocolo de lectura.

Como dice Walter Benjamin (1986), "... la pasión de coleccionar limita con el caos de los recuerdos" (p. 23) e impone así límites para transformar esa heterogeneidad de *textos* en un conjunto ordenado y asequible de *libros*. Al conmemorarse cien años de la publicación de estas dos colecciones emblemáticas, que pretendieron enseñar a leer a los argentinos, el presente dossier, "Lecturas de colección", reúne siete trabajos referidos a propuestas editoriales circunscriptas al ámbito educativo pero también a otras sustentadas por un "proyecto pedagógico" en sentido más amplio, como se verá más adelante.

## Colección y museo<sup>2</sup>

Según Krzysztof Pomian (1997) una colección es "cualquier conjunto de objetos naturales o artificiales, mantenidos temporaria o definitivamente fuera del circuito de las actividades económicas, sujetos a una protección especial en un local preparado

---

<sup>2</sup> Me he referido previamente in extenso a algunas de las cuestiones que se mencionan a continuación en Hermida, 2012, junio de 2012, 2013 y 2015.

para tal fin y expuestos a la mirada del público” (p. 53). Para este autor se trata de una reunión de objetos visibles que representa lo invisible, como puede verse por ejemplo en los museos, considerados verdaderos depósitos de todo aquello que está ligado a la historia nacional: espacios destinados a la preservación de objetos que se vuelven de esta manera accesibles a todos y que pueden comunicar la celebración de un mismo culto. Es por tanto una operación compleja que requiere una intervención sobre lo recolectado con el fin de transformarlo.

Existen distintos tipos de colecciones. Susan Stewart (2013) distingue por ejemplo entre la “biblioteca” y el “museo”, ya que si bien ambas son “grandes colecciones cívicas que... buscan representar la experiencia dentro de un modo de control y confinamiento”, es el último el “que debe servir como metáfora central de la colección” (p. 235), dado que pretende clausurar el espacio y la temporalidad original de los objetos coleccionados e instaurar de una nueva autenticidad sostenida por el ordenamiento y la clasificación. En este sentido, aclara que los dos movimientos constitutivos de cualquier colección son “el desplazamiento metonímico de la parte por el todo, del ítem por el contexto” y en segundo lugar, la construcción de un “esquema clasificatorio que definirá espacio y tiempo” con la pretensión de decir la totalidad (p. 236).

Desde este marco, es necesario señalar aquí entonces que nos referimos a un tipo de colección particular, la que reúne libros. En este caso, se recortan determinados títulos, se los conforma como ejemplares caracterizados por determinado formato y diseño y se los ordena para integrar una nueva totalidad. Estas decisiones se toman a partir de criterios estéticos, didácticos, políticos y también, económicos. Así, los volúmenes se transforman en órganos de un *corpus* que los condiciona y limita. El nuevo formato que los liga pauta lecturas, promueve ciertos recorridos y potencia determinadas relaciones. Esos textos son ahora libros coleccionables y, al decir de Roger Chartier (1996), “el libro apunta siempre a instaurar un orden” (p. 20), delimitando los usos, las formas de consumo, las apropiaciones posibles. En efecto, tal como sostienen Cavallo y Chartier (2004), “Contra una definición puramente semántica del texto... conviene tener en cuenta que las formas

producen sentido y que un texto está revestido de un significado y un estatuto inéditos cuando cambian los soportes que le proponen a la lectura” (p. 16).

Si por un lado, la colección, como decíamos más arriba, es un dispositivo complejo que entrama objetos visibles para permitir ver lo invisible, por otro lado, el libro, de acuerdo con la clásica definición de Pierre Bourdieu (1999), es a su vez un “objeto de doble faz, económica y simbólica... a la vez mercancía y significación” (p. 242). Por esto, la colección de libros, también llamada “biblioteca” o “catálogo”, se conforma como un constructo heterogéneo, tensionado por particulares decisiones literarias y de mercado.

A su vez, la práctica de la colección está ligada a la memoria. Precisamente, el traductor de “Sobre la recolección de arte y cultura” de James Clifford (1995) aclara en una nota la dificultad que presenta la traducción de la palabra *collection*, ya que significa tanto “colección” como “recolección” y por esto último remite también a las nociones de “recopilación” y “recuerdo”. Pero, así como la colección puede funcionar en tanto relato sobre el pasado, es a su vez una proyección sobre lo que vendrá.<sup>3</sup> En este sentido, según Stewart, la colección arquetípica es la del Arca de Noé, ya que los animales allí reunidos más que testimoniar la nostalgia por el mundo que se pierde, evocan la anticipación de uno nuevo. Cada pareja reunida por el coleccionista, despojada de su contexto de origen y llevada a formar parte de un nuevo orden es encerrada, pero también custodiada dentro márgenes seguros, y engendra así, una nueva vida.

Esta imagen de un conjunto encerrado y protegido, cuyas piezas arrancadas del pasado originan el porvenir es particularmente valiosa para analizar ciertas colecciones literarias, en especial aquellas que pretenden reunir a los textos más representativos de un género, un movimiento estético o una literatura nacional. Esto es precisamente lo que ocurre con las dos emblemáticas colecciones de clásicos nacionales que comenzaron a publicarse en Argentina en 1915 y a las cuales rendimos homenaje en el presente dossier.

---

<sup>3</sup> Stewart (2013) distingue entre la colección y el souvenir que “le otorga autenticidad al pasado), en tanto “el pasado le confiere autenticidad a la colección” (p. 222).

## Colecciones argentinas

Durante el siglo XIX en nuestro país no prosperaron los intentos editoriales que pretendieron construir colecciones de libros nacionales.<sup>4</sup> Uno de ellos fue la *Biblioteca Económica de Autores Argentinos* dirigida por Pedro Irume (1885-1886) y otro, la *Biblioteca del Ateneo*, que solo llegó a publicar los *Escritos políticos y económicos* de Moreno, bajo el cuidado de Norberto Piñeiro en 1896.<sup>5</sup> Sin embargo, luego de la Revolución de Mayo y hasta el Primer Centenario, se publicaron antologías y ediciones de “trozos selectos” que partían de un trabajo de recolección similar al que pone en juego el coleccionista.<sup>6</sup> Las antologías estaban destinadas al género poético, mientras que los “trozos selectos” rescataban fragmentos de textos en prosa.<sup>7</sup> Ambos formatos estaban dirigidos a la clase dirigente, como puede inferirse por su circulación y su costo. Las primeras permitían a la élite un contacto con las obras poéticas consagradas y posibilitaban la práctica de la recitación, frecuente en las reuniones sociales, así como la búsqueda de citas y versos que pudieran dar brillo y distinción en el uso de la palabra pública. Los “trozos selectos” tenían un uso fundamentalmente escolar (Bentivegna, 2003 y Bombini, 2004). El estudiante secundario es su receptor modelo y

<sup>4</sup>A partir de 1880, comenzaron a publicarse colecciones que incluyeron una selección de autores nacionales, pero no se dedicaron exclusivamente a ellos. Entre estas primeras colecciones populares de nuestro país, Sergio Pastormerlo (2014) estudia la Biblioteca Popular de Buenos Aires, dirigida por Miguel Navarro Viola, que publicó textos de Vicente Quesada, Santiago Estrada, Avellaneda, García Mérou y Eduarda Mansilla, a la par de autores extranjeros, tales como De Amicis, Poe, Dumas, etc.; también menciona la Biblioteca Económica de la Buena Lectura, la Biblioteca Recreativa, la Biblioteca Latino-americana. Asimismo señala el caso de La Biblioteca Argentina que no podría considerarse como tal, ya que sólo llegó a publicar un volumen, *Días sombríos* (pp 12-16).

<sup>5</sup> Los tomos de la Biblioteca Económica de Autores Argentinos “de formatos menores, precios accesibles y grandes tiradas, buscaron... un lugar intermedio que reuniera la legitimidad de la alta cultura y la demanda económica de la cultura popular.” (Pastormerlo, 2014, p. 16).

<sup>6</sup> Estos libros apuntan a un destinatario que debe aprehender un corpus amplio, que habitualmente lo excede; por tanto el especialista recoge las “flores”, las “joyas”, entrelaza “ramilletes” e hilvana los “trozos selectos”. Las antologías y los manuales son en cierto sentido herederas de las colecciones, pero son también sus opuestos, dado que más que la pulsión de reunirlo todo, se busca escoger lo imprescindible. Se trata de destilar la literatura, de obtener a través de la sapiencia y el gusto del antólogo, un producto más puro y concentrado, que brinde a lectores cada vez más numerosos y menos especializados, la selección de un cuerpo textual inaprehensible. Dice al respecto P. Kuentz (1972): “Los fragmentos elegidos reducen la literatura a lo esencial porque reúnen los pasajes que / contienen la esencia de cada obra. Por esta propiedad deben naturalizar la oposición del fondo y de la forma. En los ‘textos’ se concentra el ‘mensaje’ de la obra entera. Botellitas valiosas que serán etiquetadas y acomodadas en la bodega del conocedor” (pp. 42-43).

<sup>7</sup> Sobre las antologías argentinas de textos poéticos y en prosa, desde fines del siglo XIX hasta la Primera Guerra Mundial en Argentina, consultar Degiovanni, 2007, pp. 64-88; en relación con las antologías destinadas al ámbito educativo en el mismo período, ver Bombini, 2004, pp.157-159.

se busca presentarle de esta forma modelos retóricos a imitar. En ese momento, la escuela media en nuestro país estaba orientada a la formación de la clase dirigente, a la cual había que enseñarle a tomar la palabra en el púlpito, en la cátedra, en el parlamento y en la prensa; había que enseñar a hablar en inauguraciones, en ceremonias fúnebres, en homenajes. Los géneros y modelos que se recortaban entonces se vinculaban con estos usos y funciones.

Teniendo esto en cuenta, es ciertamente drástico el corte que realizan José Ingenieros y Ricardo Rojas en este recorrido al decidirse a publicar las dos primeras colecciones de clásicos nacionales. Tal como señala Margarita Merbilháa (2014):

Era la primera vez que se ofrecía a los lectores una sucesión de textos seleccionados según el criterio de haber contribuido a la formación del pensamiento nacional. Si la necesidad de tal oferta podía ser compartida por los respectivos editores, parecía menos fácil que coincidieran respecto de los nombres y obras a incluir como clásicos argentinos. La decisión implicaba una selección que estaba directamente ligada a una concepción particular del pasado histórico, aunque en ambos casos puede verse el criterio patrimonialista, dado por el acopio de bibliografía capaz de dar cuenta de los aspectos políticos y culturales argentinos con fines pedagógicos (pp. 48-49).

En función de lo dicho, si las ediciones anteriores realizaban una selección más bien retórica, orientada a ofrecer modelos a imitar o versos aptos para ser repetidos y citados, estas dos nuevas colecciones buscan, en cambio, focalizar el análisis del contenido de los textos, poniéndolo en diálogo con el presente de la lectura con una clara intención formativa. A raíz de esto, en lugar de “trozos” priorizarán la edición de obras completas, que posibiliten al lector (o tal vez, convendría decir, al coleccionista) realizar un comentario y una exégesis que le hable también al ciudadano argentino de entonces y lo eduque. Para dicho cometido, Rojas suscribe a un paradigma filológico, como hacen sus pares nacionalistas europeos, mientras que Ingenieros practica un uso mucho más irreverente de los clásicos nacionales, incorporando a su colección no sólo otros autores y otras disciplinas, sino proponiendo otras lecturas de los mismos libros. Esta puja por delimitar no sólo una tradición, sino una forma de construirla e interpretarla es una operación de legitimación literaria y crítica, pero es también y fundamentalmente una operación de legitimación ideológica y política.

En sus distancias y diferencias, ambas colecciones se muestran como dispositivos deudores de políticas nacionalistas enfrentadas en varios aspectos. Como propone Degiovanni (2007), la batalla que a lo largo de más de una década libraron estas dos series testimonia que la construcción de estas políticas no es monolítica. Mientras Rojas apunta a rescatar una tradición criolla e intenta a través de ella “extirpar” o en todo caso, “educar” y “corregir” las influencias foráneas, Ingenieros hace una lectura positiva de la inmigración y de las transformaciones que ésta engendrará en nuestro país. Por esto, *La Biblioteca Argentina* focaliza los grupos criollos letrados anteriores a 1880, mientras que en *La Cultura Argentina* la apuesta es hacia una meritocracia, construida desde la difusión del saber científico y el entramado de una tradición que se labre a partir de la recuperación de otras voces y otros recortes históricos y discursivos. En efecto, si Rojas rescata la tradición oficial, desde un lugar de poder y consagración estatal, Ingenieros se niega sistemáticamente a recurrir al negocio de “vender” sus libros al Estado o solicitar su apoyo. Estos proyectos se articulan entonces a partir de legados también distintos: si Rojas en función de estos propósitos jerarquiza el discurso literario y la incorporación de las humanidades en la escuela, Ingenieros parte del discurso sociológico y “científico” y confía en otros medios e instituciones para la difusión de este saber (la prensa, los libros de circulación popular, las conferencias y encuentros literarios y políticos, etc.). A su vez, esto promueve la construcción de lectores modelos distintos en cada caso: si el lector de *La Biblioteca Argentina* es conducido por un director omnipresente y vigilante hacia una interpretación basada tanto en un humanismo retórico y filológico, como en la recuperación de ciertos valores “tradicionales”, el de *La Cultura Argentina* debe confrontar voces diversas, exponerse a la polifonía de ediciones a menudo caóticas y a interpretaciones antidogmáticas que rescaten y destaquen voces, autores y textos hasta entonces excluidos de lo que se consideraba el patrimonio literario nacional.

Debido a estas distancias, como confiesa Ingenieros (1915) en “Historia de una biblioteca”, a pesar de los proyectos iniciales de realizar un trabajo conjunto optaron por dividirse y llevar a cabo dos propuestas diferentes. Si bien tanto Rojas como Ingenieros pertenecen al sector hegemónico del campo cultural del Centenario y

ambos coinciden en su rechazo a las publicaciones “de baja calidad” que circulaban entonces, también tienen enfrentamientos a la hora de definir cuáles son los textos que hay que reunir en el “arca” que salvará la literatura nacional.<sup>8</sup> Así se da el caso de dos colecciones publicadas en forma simultánea, con varios títulos y autores que se repiten, y que buscan conquistar un público, no necesariamente el mismo, al que pretenden “formar”, en los distintos sentidos que este término arrastra.

Si bien otros antes que Rojas o Ingenieros habían buscado definir ese listado de “clásicos”, en las primeras décadas del siglo XX se dieron circunstancias inéditas que posibilitaron la concreción de ambos proyectos: cambios en los sistemas de producción técnica e impresión de materiales escritos;<sup>9</sup> aumento demográfico en nuestro país y particularmente, incremento del público lector gracias a las campañas de alfabetización (Prieto, 1988; Gutiérrez y Romero, 1995); imposibilidad de imprimir libros en Europa ante la inminencia de la Primera Guerra Mundial; crecimiento del mercado, entre otros factores, favorecieron por primera vez la producción editorial nacionales (Merbilháa, 2015). Como señala Leticia Priseli (1992), “a medida que avance la primera década del siglo XX, la circulación y el consumo de bienes intelectuales permitirá el surgimiento de empresas razonablemente rentables” (p. 44). Además de las colecciones de Rojas e Ingenieros, Priseli menciona la revista y editorial *Nosotros* (1907 y 1911), así como la editorial cooperativa “Buenos Aires” (1916) dirigida por

---

<sup>8</sup> Es innegable que ambos escritores se encontraban en lugares dominantes del campo cultural argentino de entonces. Sin embargo, también lo es que pertenecían a formaciones intelectuales diferentes. La distinción que hace Williams (2000, pp. 137-142) entre “institución” y “formación” es válida aquí para pensar los posicionamientos de los dos directores de estos proyectos editoriales. Mientras Rojas, por ejemplo, tenía una clara pertenencia y compromiso institucional, ya que había sido designado por el Presidente de la Nación, Sáenz Peña, como era costumbre en ese momento, como profesor de la cátedra de literatura argentina en la Universidad de Buenos Aires, Ingenieros había decidido exiliarse una vez que el mismo Presidente ignoró la propuesta de su nombramiento para la cátedra de “Medicina Legal” elevada por el consejo directivo de la Facultad de Medicina. Así, en 1911 renuncia al Instituto de Criminología, cierra su consultorio y parte en viaje rumbo Europa, de donde no regresará hasta 1914, fecha en que Sáenz Peña concluye su mandato (Terán, 1986).

<sup>9</sup> Vázquez Villanueva (2006) menciona este aspecto como uno de los determinantes para la fundación de una de las colecciones dedicadas a la literatura universal más importantes de este período, la Biblioteca La Nación. Según la especialista, a raíz de la introducción del linotipo, numerosos obreros tipógrafos quedaban sin trabajo y la publicación de esta colección se transformó así en una oportunidad laboral para ellos (pp. 242-243). Merbilháa, en cambio, relativiza este argumento y señala que la creación de esta Biblioteca debe analizarse en función de “circunstancias más estructurales, como la existencia en el mercado de lectores potenciales de novelas, la apuesta por una expansión del mercado de los medios de comunicación e incluso el conocimiento de las tendencias de la prensa gráfica estadounidense y europea” (p. 37). Es interesante tener en cuenta estas cuestiones ya que también conforman la trama a partir de la cual se entretajeron las condiciones que posibilitaron el surgimiento de los proyectos editoriales de Ingenieros y Rojas.



Manuel Gálvez. También, entre las colecciones aparecidas en esos primeros años del siglo XX, cabe incluir la *Biblioteca La Nación* (1901), patrocinada por el diario dirigido por Emilio Mitre, que tendrá una prolongada y exitosa vida hasta 1920 (Vázquez Villanueva, 2006 y Merbilháa, 2015). Este último proyecto propone un canon de la literatura universal en el que la traducción asume un papel central. Por otro lado, además de estas propuestas que podríamos ubicar con Prieto (1988) en el marco “cultura letrada”, desde fines del XIX habían irrumpido en el mercado con un importante éxito editorial numerosas publicaciones populares, que habían alertado a la élite intelectual, a partir especialmente del ensayo “El ‘criollismo’ en la literatura argentina”, escrito por Ernesto Quesada (1902). Si, la literatura es pensada en este contexto como un discurso pedagogizante, la preocupación de los agentes del campo cultural hegemónico ante el avance de la “literatura criollista” y de mercado, asume gran relevancia. Como sostiene Di Tullio (2003), “esta competencia, totalmente desconcertante por su vigor y expansión, se cernía sobre la lengua escrita, posesión hasta entonces indiscutible de los grupos cultos en la sociedad tradicional” (p. 113). En efecto, hasta ese momento, en el dominio de la lengua escrita habían ingresado los valores, la variedad lingüística, las representaciones sociales de la clase dirigente. La literatura, en manos de cierto sector del campo cultural y político, se pertrechaba como un dispositivo valioso y eficaz para difundir modelos válidos. Sin embargo, ante el ingreso al mundo letrado de otras voces, otros imaginarios, otras construcciones, los agentes dominantes del intelectual se sienten interpelados. Di Tullio (2003) afirma que “El criollismo significaba la pérdida del dominio absoluto de ese grupo sobre la lengua escrita –incluso tal vez sobre la lengua literaria ‘nacional’-. Y esa pugna por un bien cuya función simbólica se modificaba o se perdía, exigía una intervención” (p. 122). La Cooperativa Editorial Buenos Aires (Gálvez), *La cultura argentina* (Ingenieros), *Biblioteca argentina* (Rojas), *La Biblioteca La Nación* (Payró) son ejemplos paradigmáticos de cierta forma de intervención en el campo, propia del Centenario. Como señala De Diego (2007), estos proyectos editoriales encabezados por intelectuales prestigiosos, que pretenden seleccionar “los mejores libros” con un afán pedagógico, son fruto de cierto imaginario y cierto contexto, y paulatinamente irán

dejando paso a partir de la década del veinte, a propuestas editoriales que se alejan de la denominada “alta cultura”, dirigidos por inmigrantes y personas ajenas al sector dominante del campo cultural, menos preocupados por “la tradición” que por la novedad, tanto en los títulos que publican como en el lector al que convocan.<sup>10</sup>

Durante el Centenario, entonces, la *Biblioteca Argentina* y *La Cultura Argentina* llevan a cabo un proyecto editorial fundante en la historia de la literatura nacional, diseñando un canon y delineando modos de leer. A su vez, ambas colecciones para afianzar estas construcciones, entran en diálogo con otros dispositivos que sus directores ponen en marcha. Ricardo Rojas enhebra los tomos de su biblioteca en la *Historia de la literatura argentina (1917-1922)* y en sus clases en la Universidad de Buenos Aires; José Ingenieros hará lo propio principalmente a través de la publicación de *La evolución de las ideas argentinas (1918)*, pero también mediante distintas intervenciones en el campo cultural de las primeras décadas del siglo XX. Sin embargo, estas operaciones, inaugurales en el campo cultural hegemónico, eran ya prácticas corrientes en el campo educativo, tal como ha demostrado Gustavo Bombini.<sup>11</sup> Las redes entre catálogos literarios y manuales, entre bibliotecas y planteos didácticos, entre antologías e historias literarias, que estos intelectuales del Centenario tejen en sus textos puede rastrearse también en muchas de las sucesivas colecciones literarias que se editarán en nuestro país, particularmente aquellas destinadas a un uso escolar, (como el caso de GOLU y los textos de María Hortensia Palisa Mujica de Lacau, estudiado por Bombini, 2004 y Piacenza 2001 y 2003). Ahora bien, esta práctica puede constatarse más allá del campo editorial educativo y rastrearse en proyectos académicos y de divulgación, como es el caso de la “Biblioteca argentina fundamental” que emprende “Capítulo” a principios de los años 80, acompañada por la

<sup>10</sup> Este nuevo público, de los barrios (Gutiérrez y Romero, 1995), es construido y convocado por nuevos editores, como Juan Torrendel (mallorquí que en 1916 funda la editorial Tor), Antonio Zamora (español socialista que funda la editorial Claridad), Manuel Gleiser y Samuel Glusberg (inmigrantes rusos judíos que publicarán los textos de los escritores de Boedo y Florida) (de Diego, 2007 y Delgado y Espósito, 2015).

<sup>11</sup> Sostiene Bombini (2004): “Si bien la Historia de la literatura argentina es una operación fundacional innegable, dicho gesto no fue urdido por el autor en un acto académico-ideológico aislado, “ex nihilo”, que no pudiera reconocer antecedentes inmediatos.”. El corpus textual analizado por el especialista pone en evidencia “la existencia de un ambiente de discusión en torno a la historiografía en el que Rojas no era el único actor. Si bien se trata de textos destinados a otro nivel de la enseñanza y que no se proponen como productos de la investigación académica universitaria, constituyen importantes antecedentes...” (pp. 94-95).

correspondiente *Historia de la literatura argentina*, editadas por el Centro Editor de América Latina.

Por esto, como decíamos al principio, a cien años de la publicación de los primeros tomos de aquellas emblemáticas colecciones dirigidas por Rojas e Ingenieros, revisitamos esos proyectos y sus reverberancias. Configurar y leer colecciones literarias son operaciones de política de la crítica y la lectura que se articulan a partir de estos recorridos previos, de ahí el interés de ofrecer las “Lecturas de colección” que conforman el presente dossier.

### **Lecturas de colección**

Decíamos que aquellas colecciones que hoy cumplen un siglo inauguraron en cierto modo determinadas prácticas de selección, edición y lectura. Como sostiene Elsie Rockwell (2005) para dar cuenta de estas complejas relaciones es necesario estudiar en forma articulada "la materialidad de los impresos, las maneras de leer, las creencias de la lectura y la producción oral que acompaña el acto de leer" (p. 16). Este entramado de miradas está de diferente forma presente en los trabajos que integran el presente dossier.

Varios de los artículos aquí incluidos se refieren a colecciones que circulan en el ámbito educativo, lo que pone en primer término el desafío de la selección literaria escolar, el canon así construido, las representaciones del lector infantil o adolescente y los dispositivos que los libros editados de esta forma incluyen para condicionar el acto de lectura.

Paola Piacenza estudia la emblemática editorial GOLU de la editorial Kapelusz, dando cuenta de las transformaciones que ha sufrido desde la publicación de su primer tomo en 1953 hasta las tiradas actuales; Carina Curutchet, por su parte, se refiere a otra tradicional colección escolar, “Leer y Crear”, de editorial Colihue, focalizando su atención en el caso de las antologías de poesía hispanoamericana contemporánea. Ambas autoras abordan a partir de aquí los procesos de canonización

que se articulan a través de estos dispositivos, conjugando condicionamientos didácticos, literarios y económicos.

También destinada a una circulación en principio escolar, la colección *El libro de lectura del Bicentenario* es el objeto de estudio del artículo escrito por Mila Cañón. La especialista estudia aquí los tres tomos de literatura para niños, a partir de la selección que allí se realiza, los protocolos de lectura que se promueven y la consiguiente representación de la infancia que puede inferirse a partir de estas operaciones puestas en marcha desde el Estado Nacional al distribuir estos volúmenes en las escuelas públicas de todo el país.

Gustavo Bombini, por su parte, se interesa por los “materiales educativos” que circulan en forma impresa o virtual y que constituyen antologías, colecciones, módulos o blogs de edición artesanal, elaborados por docentes y/o estudiantes del Nivel Medio. Como señala el autor, estos dispositivos vuelven accesibles en las aulas aquellos “textos reconocidos socialmente como literarios” y articulan por tanto prácticas propias del editor, diseñador y aún del autor. Se descubre así un entramado de quehaceres y productos tradicionalmente invisibilizados en los estudios referidos a este tema, a pesar de ser los materiales de mayor circulación en el espacio escolar en la actualidad. Se pone en evidencia de este modo, un objeto potente para ahondar los tópicos mencionados anteriormente (procesos de canonización, políticas de selección, vinculación entre la materialidad de los impresos y los modos de leer, etc.) y la consiguiente necesidad de profundizar en esta línea.

Estos artículos señalan entonces la conexión entre estas propuestas de edición y la formación de lectores. Ahora bien, como es sabido, un lector no se forma exclusivamente en el ámbito escolar. Por esto, Graciela Fernández titula su trabajo “Dentro y fuera de la escuela: dos colecciones literarias para jóvenes lectores”. En él realiza una comparación entre la colección *Robin Hood* de editorial Acme y GOLU de Kapelusz, ambas destinadas desde lo explícito al mismo público, pero en contextos diferentes. Como señala Fernández, la primera se asocia a la “lectura placentera”, mientras que la segunda, como también plantea Piacenza, constituye un caso emblemático de colección escolar.

Los tomos de *Robin Hood* son también el objeto de estudio del texto escrito por Carolina Tossi, quien los pone en relación con otra tradicional colección infanto-juvenil, la *Biblioteca Billiken*. La investigadora analiza aquí el gesto inaugural de ambas propuestas que posibilitaron a los jóvenes argentinos acceder a cierto corpus de literatura clásica universal a la vez que “instauraron modos de ‘mediación editorial’ (Chartier, 2000) significativos, que determinaron líneas y políticas editoriales en el campo de la literatura infantil y juvenil”.

Estas propuestas editoriales que no han sido pensadas para circular en el ámbito educativo, como dijimos, construyen también cierto tipo de lector. Del mismo modo que *Billiken* o *Robin Hood* anticipan y apelan a un lector adolescente que dedica su tiempo de ocio a la lectura, que se interesa por las aventuras y el suspenso, que consume adaptaciones y textos fragmentados, depurados de aquellos fragmentos con connotaciones políticas o ideológicas, que requiere de ilustraciones que conquisten su lectura, toda colección implementa estrategias que son tanto producto como productoras de determinado receptor. En este sentido, el artículo de Matías Moscardi, luego de presentar un lúcido recorrido por las principales líneas teóricas que abordan el problema de la colección, se aboca al estudio de los lectores que construyen este tipo de materiales, definiéndolos como un caso particular, que se aproxima a la figura del editor y del crítico literario. El caso que recorta es el de tres catálogos de poesía publicados en la década del noventa en nuestro país por editoriales independientes.

En sus diferencias y puntos de contacto, los artículos aquí reunidos iluminan desde distintos focos un problema común, particularmente rico para estudiar las prácticas de lectura y sus vínculos con los materiales impresos que las suscitan.

## Referencias bibliográficas

- Benjamin, W. (1986). Desembalo mi biblioteca (discurso sobre la bibliomanía). En *Punto de vista*, 26, 23-27.
- Bentivegna, D. (agosto de 2003). Retórica, poética e historia en los manuales en uso en la Escuela Media argentina (1863-1910): el caso de los trozos selectos. *Polémicas literarias, críticas y culturales*. V° Congreso Internacional Orbis Tertius de Teoría y Crítica Literaria, La Plata, Argentina. Recuperado de: [http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/trab\\_eventos/ev.4/ev.4.pdf](http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.4/ev.4.pdf)
- Bombini, G. (2004). *Los arrabales de la literatura. La historia de la enseñanza literaria en la escuela secundaria argentina*. Buenos Aires: Miño y Dávila
- Bourdieu, P. (1999). Una revolución conservadora en la edición. *Intelectuales, política y poder* (pp. 223-267). Buenos Aires: Eudeba.
- Cavallo, G. y Chartier, R. (dir.) (2004). *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Madrid: Santillana.
- Chartier, R. (1996). *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVII.*, Barcelona: Gedisa.
- Clifford, J. (1995). *Dilemas de la cultura. Antropología, literatura y arte en la perspectiva posmoderna*. Barcelona: Gedisa.
- De Diego, J. L. (2007). Políticas editoriales y políticas de lectura. *Anales de la educación común*. 3, 6, 38-44.
- Degiovanni, F. (2007). *Los textos de la patria. Nacionalismo, políticas culturales y canon en Argentina*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- Delgado, V. y Espósito, F. (2015). 1920-1937. La emergencia del editor moderno. En de Diego, J. L. (dir.) *Editores y políticas editoriales en Argentina (1880-2010)* (pp. 63-96). Buenos Aires: FCE.
- Di Tullio, A. L. (2003). *Políticas lingüísticas e inmigración. El caso argentino*. Buenos Aires: Eudeba.
- Gutiérrez, L. y Romero, L. A. (1995). *Sectores populares, cultura y política* Buenos Aires: Sudamericana.

- Hermida, C. (julio de 2012) El crítico como coleccionista. Sobre *La biblioteca argentina* (1915-1928), dirigida por Ricardo Rojas. *Letrados, hombres de letras, intelectuales Reflexiones en torno a la figura de autor. Siglos XIX y XX*. V Jornadas Críticas. Mar del Plata, Argentina.
- Hermida, C. (2012). Coleccionar para educar. Acerca de “La Cultura Argentina” (1915-1928). *Revista Estudios de Teoría Literaria*, 1, 2., 17-30. Recuperado de: <http://fh.mdp.edu.ar/revistas/index.php/etl/article/view/134>
- Hermida, C. (noviembre de 2013). Figuraciones del coleccionista en ‘La Biblioteca Argentina’ y ‘La Cultura Argentina’. *Avatares de la cultura literaria escrita en Iberoamérica II: itinerarios de consagración y retracción en la construcción de autores y lectores (1910-2010)*. I Congreso Internacional Nuevos Horizontes de Iberoamérica, Mendoza, Argentina.
- Hermida, C. (junio de 2015). Lecturas para la democracia. Figuraciones del lector en los proyectos culturales del Primer Centenario Argentino. *Lectores y lectura*. IX Congreso Internacional Orbis Tertius. Ensenada, Argentina (en prensa).
- Ingenieros, J. (1915). Historia de una biblioteca. *Revista La Nota*, 1, 1.
- Ingenieros, José (1918) *La evolución de las ideas argentinas*. Buenos Aires: Elmer [1956].
- Kuentz, P. (1972). El reverso del texto. En Bombini, G. (comp.) (1992) *Literatura y educación* 34-65. Buenos Aires: CEAL.
- Merbilháa, M. (2014). 1900-1919. La organización del espacio editorial. En de Diego, J.L. (dir) *Editores y políticas editoriales en Argentina (1880-2010)* (pp. 31-61). Buenos Aires: FCE.
- Pastormerlo, S. (2014). 1880-1899. El surgimiento de un mercado editorial. En de Diego, J. L. (dir.) *Editores y políticas editoriales en Argentina (1880-2010)* (pp. 1-29). Buenos Aires: FCE.
- Piacenza, P. (2001). Enseñanza de la literatura y procesos de canonización en la escuela media argentina (1966 – 1976). En *Lulu Coquette. Revista de Didáctica de la Lengua y la Literatura*, I, 1, pp. 86-96.

- Piacenza, P. (2003). Lectura, adolescencia y canon escolar en la Argentina entre 1966 y 1976. En *Revista de Letras*, 8. Pp. 152-165.
- Pomian, K. (1997). Colección. En Ruggiero Romano *Enciclopedia Einaudi*, Vol I (Memória-História) (pp. 51-86) Lisboa: Imprensa Nacional/Casa da Moeda.
- Prieto, A. (1988). *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Prislei, L. (1992). Itinerario intelectual y político de los Maestros-ciudadanos (Del fin-de-siglo a la década de los '20). En *Entrepasados*. II, 2, 41-62.
- Quesada, E. (1902). El 'criollismo' en la literatura argentina. En Rubione, A. (comp.) (1983) *En torno al criollismo. Textos y polémica*. Pp. 103-230. Buenos Aires: CEAL.
- Rockwell, E. (2005). La lectura como práctica cultural: conceptos para el estudio de los libros escolares. En *Lulú Coquette, Revista de Didáctica de la Lengua y la Literatura*. Año III, Nº 3, 12-31.
- Rojas, R. (1917-1922). *Historia de la literatura argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata*. Buenos Aires: Kraft [1960].
- Stewart, S. (2013). *El ansia. Narrativas de la miniatura, lo gigantesco, el souvenir y la colección*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora, UNR.
- Terán, O. (1986). José Ingenieros o la voluntad de saber. *En busca de la ideología argentina* (pp 51-83). Buenos Aires: Catálogos.
- Vazquez Villanueva, G. (2006). Una política lingüística en el callejón: Hacer la nación, unificar la lengua en Argentina (1890-1900). *Revista Lenguaje*. I, 34. pp. 97-123.
- Williams, R. (2000). *Marxismo y literatura* Barcelona: Península.